

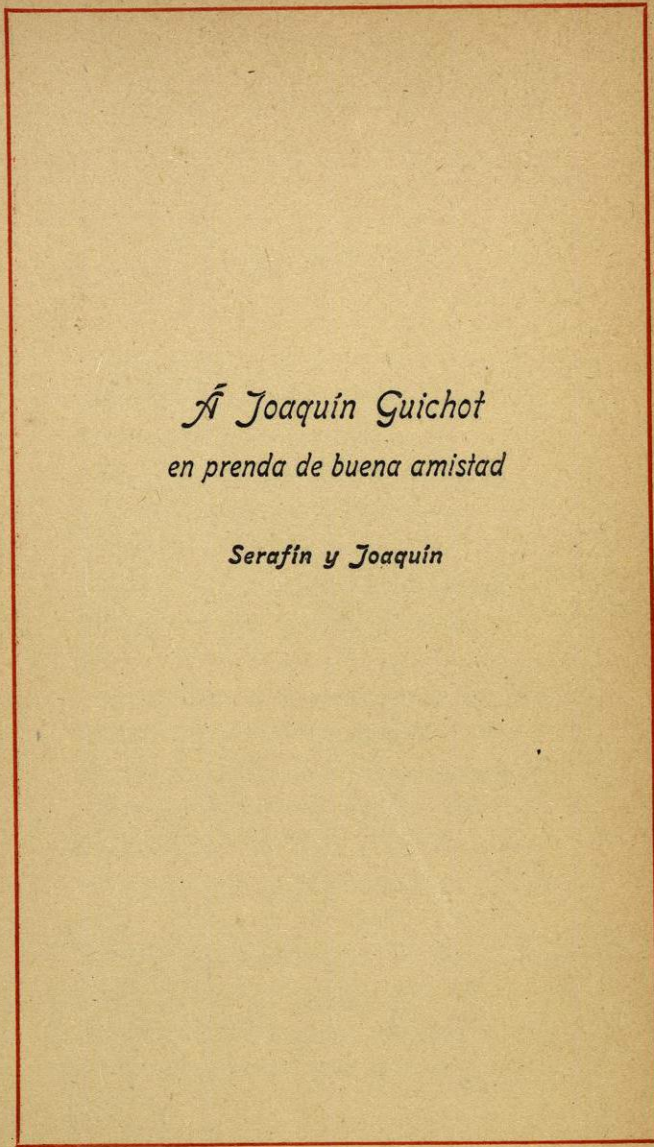
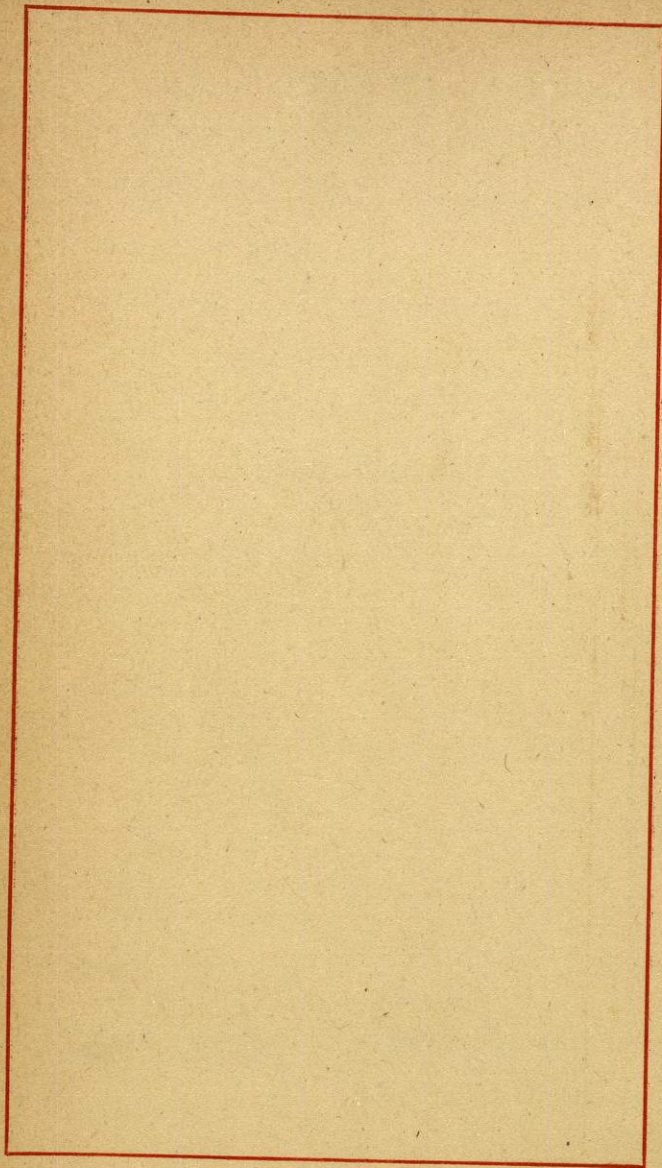
modo, y no ha sido posible resistir más tiempo á la persistente amabilidad con que ha solicitado nuestro permiso para publicar este tomo.

Él y nosotros debemos encomendarnos á tu benevolencia y buen juicio.

S. y J. A. Q.

DISCURSO

Leído en los Juegos Florales celebrados por el ATENEO Y SOCIEDAD DE EXCURSIONES, de Sevilla, en el teatro San Fernando, el día 25 de abril de 1910.



À Joaquín Guichot
en prenda de buena amistad

Serafin y Joaquín

Á LA REINA

Reina por la hermosura; reina de ella;
reina del arte; reina triunfadora;
reina de Amor, que amores enamora;
reina de luz, que junto al sol descuella;
reina del cielo, porque sois estrella,
y de los campos, porque sois aurora;
reina del mundo, porque sois ahora
reina en Sevilla, la ciudad más bella:
permitid que á un palenque de oradores
subamos sin palabra: honor que abruma
á quien probó la miel de otros honores.
Y concedednos, como gracia suma,
que por verla orgullosa entre dos flores,
á vuestros pies pongamos nuestra pluma.

Hemos querido saludaros en verso, reina y
señora, porque el prestigio de la rima ampare
la modestia de nuestras palabras y vele un
tanto la emoción que este acto nos produce, y

muy singularmente por considerar que es el verso, aunque sea como el nuestro pobre y tosco, la forma del lenguaje en que con mayor delicadeza cabe expresar sentimientos é ideas, y la más apropiada por lo mismo para hablar desde la tierra mirando al cielo.

El consentimiento y la venia que os pedimos, vemos ya en vuestros ojos que se nos dan por gracia. Una vez más sois reina: reina de la bondad. Y esta bondad, que resplandece en torno vuestro como blanca aureola, se confunde en el aire diáfano con la luz de los ojos de vuestras damas, ojos que para deslumbrar no necesitaban estar en rostros tan bellos, y ofusca y ciega, y hace imposible á quien lee estos renglones, seguir leyendo de frente al trono. Así, pues, forzoso es mirar á otra parte, en donde la luz, siquiera sea tanta como aquí, no esté tan cerca de la vista.

Oíd, pues, perdonándonos esta involuntaria descortesía, y sabed de antemano que cuanto vais á oír fluye naturalmente de nuestro corazón por Sevilla, de quien sois reina en estos momentos, y para Sevilla, que os trajo entre las flores de una primavera desde Cádiz, y os hizo sevillana, porque no quería que vuestra belleza faltase entre las de sus hijas. Y sabed, en fin, si ya no lo sabéis, que nuestro río Guadalquivir,

ensalzado y glorificado por la musa de cien poetas, este famoso río, que copia en sus aguas el cielo, que corre entre frondas donde cantan los ruiseñores, que pasa deleitándose por huertos floridos, que roba en sus brisas el aliento de los naranjales cercanos, va hacia el mar tan aprisa, tan aprisa, desde que oyó cantar á un pescador que junto al mar nacisteis.

Y esto dicho, vamos á hablar con todos.

Es raro el orador profesional que no comienza su peroración diciendo así con modesto aire, y como para tranquilizar al auditorio:

— Señores: Yo no voy á hacer un discurso. Y luego lo hace.

Nosotros, en tribuna de oradores ahora, nos hallamos en caso distinto; pues aunque juremos al empezar que vamos á hacer un discurso, seguros estamos de no hacerlo. No pidáis, pues, á este trabajo composición armónica, ni á sus palabras estudiada coherencia: con la espontaneidad y el desorden que nazcan en nuestro corazón las irá escribiendo nuestra pluma.

Acaso por primera vez, amigas y amigos — consentid á nuestro temor que dándoos este nombre estimulemos vuestra benevolencia, — acaso por primera vez sustituye en este lugar

y ocasión á la palabra hablada la palabra escrita. Y por primera vez también, sin acaso, quiso vuestra malaventura, al par que nuestra suerte, que en el puesto donde debiera estar una personalidad ilustre en España, como cuantas en años anteriores, honrándose á sí mismas, honraron esta fiesta solemne, se hallen ahora dos poetas modestos.

Sevilla, representada por el Ateneo en su fuerza juvenil é intelectual, nos llamó bondadosamente. Era el honor muy grande para no sentirse halagado y atraído por él; pero era al mismo tiempo muy alto para que lo aceptase uno solo de los dos, siendo tan humildes. Era la alegría muy pura para no querer compartirla el uno con el otro. Son nuestras fuerzas muy escasas para no tener que juntarlas en una sola fuerza, ante la magnitud del empeño. He aquí por qué, aunque es uno solo el que lee, somos dos los que hemos escrito.

Este caso de que la obra que aparece como de uno sea de dos, á vosotros, como á tantos, os causará sorpresa y curiosidad. Para nosotros, sin embargo, es cosa transparente y sencilla. Nuestra colaboración pudiera decirse que es innata. Y en fuerza de pensar, y de sentir, y de crecer, y de caminar, y de reír y de llorar siempre juntos, hemos llegado á creernos á

pies juntillas que somos uno nada más. Es claro que la realidad nos advierte en las naturales ocasiones que somos dos. Pero en honor de la verdad somos uno. Hace unos instantes, ya por ciega costumbre, al referirnos á nuestros corazones, hablábamos de nuestro corazón.

Si lo que producen nuestros dos espíritus al chocar y al unirse fuera por dicha alguna vez algo semejante al fuego y á la luz, podríamos compararnos á los carbones de un arco voltaico, que aislados el uno del otro son materia inerte; pero que al más leve contacto dan la chispa, que es luz y es fuego. Mas ¡ay! que como está muy lejos de tal belleza lo que al choque de nuestros espíritus nace, hemos de reducir nuestra comparación á otros términos muy distintos, aunque la comparación sea plebeya: en lugar de ser dos carbones somos dos gitanos, que jamás se reúnen para nada bueno. Dicho sea esto en un sentido puramente literario.

Lo que no se nos alcanza es que el Ateneo, al trocar este año en los Juegos Florales al orador por el escritor, haya pensado en nuestro nombre y no en otros nombres. ¿Por qué se acordó de los discípulos primero que de los maestros? No es esto censura en modo alguno — ¡Dios nos libre! — No es sino extrañeza

que no debemos ocultar, que nuestro sentimiento nos lleva á confesar lealmente, y nuestra admiración y cariño por los que, siendo maestros de muchos, lo fueron nuestros al echar de niños por la vereda literaria, nos obliga á declarar desde aquí.

Así Montoto, el tierno y delicado poeta, os hablaría cautivándoos con su vasto saber del mundo y de los libros, y os hablaría con aquella pluma castiza y galana, todo claridad y nobleza, que no se arredra de conversar con Don Quijote y Sancho en los campos manchegos inmortales. Y Rodríguez Marín os habría embelesado seguramente con la magia atractiva de su ingenio puro, de su ciencia profunda; con la fina miel de sus madrigales, clásicos al nacer; con la flora inmensa de los cantares españoles, que él supo cultivar como nadie. Y Cano y Cueto, en lenguaje ardiente y robusto, os enseñaría, acariciando vuestra alma sevillana, cómo detrás de cada piedra derruida y de cada rincón pintoresco y de cada muro de hiedra vestido, hay en Sevilla una leyenda poética de reyes justicieros, de damas abrasadas por el amor, de caballeros locos ó de brujas endemoniadas. Y Díaz Martín, en quien la musa popular tiene un elegido, os contaría en amena conversación bodas y bautizos y velatorios y zam-

bras y fiestas y romerías, y traería consigo el copioso caudal de los piropos andaluces á la boca, á los ojos, al garbo, al donaire, al andar, á la gracia de las sevillanas; caudal ya tan abundante y rico que sólo es comparable en número á las estrellas de los cielos. Bien es verdad que, con todo y con ser tantos y tan lindos, esta tarde serían pocos aquí.

Y aun pudo el Ateneo hacer más bello el caso en esta primera ocasión en que la pluma toma el lugar á la palabra. Blanca de los Ríos, la ilustre escritora, que funde en un solo amor el de las letras castellanas y el de Sevilla, bien pudo ostentar aquí sus privilegiados títulos de artista, de mujer y de sevillana.

No seguiremos esta enumeración, comenzada apenas, bien á nuestro pesar; pero, comprendlo, señores, si hemos de nombrar uno por uno á cuantos escritores sevillanos tienen mayor merecimiento que nosotros para ocupar este puesto de honor, va á cerrar la noche antes que acabemos.

Cien nombres quedan; presentes en vuestra memoria están todos; no hay, pues, que repetirlos, para no cansar vuestra atención. Pero habéis de saber que también omitimos alguno, no ya tan sólo por el temor á vuestro cansancio, sino por alguna íntima circunstancia par-

ticular. Por ejemplo, el culto y exquisito Lafón, todo sutileza é ingenio, al venir aquí os hablaría, seguramente, de una comedia nuestra, y os hablaría bien. El citarlo nosotros mismos, ¿no parecería tal vez interesado é inmodesto? Sin duda ninguna.

Ello es, en fin, que el Ateneo, en cambio de un escritor que valga por dos, ha preferido traer á dos que no valen por uno. Quizás intentó realzar nuestros escasos méritos; tal vez quiso que probáramos en una ocasión más nuestro amor á Sevilla. Una y otra consideración le hacen acreedor á la más profunda gratitud. En cuanto á nosotros, sólo pensando en que fué nuestro cariño á esta tierra bendita lo que aquí nos trajo, hallamos justificada nuestra presencia.

Y basta de preámbulos ya, no vayamos á parecernos á esos guitarristas llevados por gala á una fiesta, que se pasan dos horas templando la guitarra para luego tocar cinco minutos.

¡Sevilla! ¡ciudad querida! ¡madre espiritual!
¡cuna de nuestros sueños de niños! ¡nido de
nuestros tempranos aleteos de poetas! ¡encantado
lugar en donde recibieron nuestras frentes
las primeras caricias de la gloria, turbando

nuestras almas infantiles y llenándolas de locas quimeras!... No desde sitio y puesto tan alto como éste, sino desde el apartado rincón en donde pusimos el telar de nuestra fantasía, muchos años ha que pretendemos ser tus mantenedores; tus defensores.

Si cerca de ti se te quiere como á una novia enamorada, lejos de ti se te recuerda y ama como á una madre. Y la nostalgia de tenerte lejos avivó y encendió nuestro cariño, y nos pintó con nueva claridad cuánto vales y cuanto bello encierras en tu recinto luminoso. Y fué nuestro mayor orgullo copiar tus calles alegres, tus misteriosos patios, tus huertos floridos; y fué nuestra mayor ilusión infundir en todo ello un soplo de tu alma; y fué nuestra mejor alegría que rodando las pobres copias por el mundo adelante, traspasaron los mares inmensos, y arribaron á lejanas tierras, donde la fortuna ó la desgracia, el azar, en fin, llevó á millares de hermanos nuestros que por la tierra en que nacieron suspiran, y donde á otros hermanos unidos á ellos por la sangre y por el vínculo más fuerte aún del idioma, les hablan de una madre inmortal, y estremecemos sus corazones con el reflejo pálido de estos huertos y de estos patios y de estas calles y de esta alma, y sentimos llegar hasta la nuestra el

cálido halago de su gratitud. Jamás aplauso más lejano sonó más cerca en nuestros oídos.

Y si esto que decimos os pareciera tal vez inmodestia, ved que no lo es. Primero, porque la verdad no es inmodestia nunca; y segundo, porque cuando se copia con amor á una mujer hermosa, torpe ha de ser la mano, tosco el pincel, pobre la paleta y ciega la vista, para no dar siquiera en el cuadro una sombra de la belleza del modelo.

¿Qué hay en ti, Sevilla, que te hace singular en el mundo? ¿Qué hay en ti, que quien no te vió nunca te desea, y enamoras á quien te ve, y quien te ve y te deja sueña en volver á verte? ¿Qué fuerza espiritual es la tuya, que así á todos cautivas y atraes? ¿Qué aura del cielo se mezcla en tu aire, que así los sentidos embelusa? ¿Qué luz te inunda y te corona? ¿Qué secreto encanto tienen tus mujeres, tu cielo, tus flores y tus campos?

Tienen ellos y tienes tú... poesía y gracia.

Una y otra se hallan en ti por donde quiera, y en todo sitio y ocasión reinan y palpitan.

Tu gracia es la suma y esencia de toda la gracia. La Gracia se enamoró de ti, y te hizo suya en un altar de luz y de amor. Gracia es en ti primero que nada esa tu natural inclinación á todo lo bello y alegre; gracia es en ti ese tra-

bajar de tus obreros y de tus campesinos y de tus mujeres, con risa y bondad en el alma, venciendo la fatiga y esfuerzo materiales entre burlas y coplas; gracia es en ti ese desenfadado menosprecio de las cosas del mundo, que alegró mil veces hasta los sangrientos campos de batalla; gracia es en ti la fanática adoración de imágenes que simbolizan el misterio divino, y que no serían tan adoradas si fuesen menos bellas; gracia es en ti la arrogante originalidad de tus costumbres; graciosas son tus casas, llenas de silencio y reposo; graciosos tus jardines espléndidos, recreo de los sentidos, y los patios de tus corrales pobres, donde cada vaso roto ó cacharro inservible se convierte por obra de tu instinto del arte en maceta florida; graciosos son tus campanarios rientes; graciosas tus calles, tortuosas y estrechas, llenas de inesperados encantos, de rincones secretos, de vivos contrastes de sombra y de luz como los que ofrecen las sevillanas al abrir y cerrar los ojos.

¡Las sevillanas! Genuina encarnación de la gracia en lo que tiene de más espiritual, impreciso y alado. Gracia que no está sólo en su hablar dulce y hechicero; ni en su mirar de luces infinitas, de cambiantes fugaces; ni en su risa de plata, fresca y burlona, que llama y detiene á la vez; ni en su andar ingrávito y

donairoso; ni en la innata elegancia de sus ademanes, ya cuando al hablar pintan con las finísimas manos lo que dicen ó se recogen un rizo suelto, ya cuando siembran en sus cabellos una rosa, ya cuando juegan coquetonamente con el venturoso abanico; gracia que no está en nada de ellas y que vive en todo; gracia tan sutil, imponderable y única, que porque el nombre de gracia era insuficiente á definirla hubo que crear una palabra más expresiva y llamarle *ángel*.

Tu hablar también, Sevilla, es el hablar gracioso por excelencia; pero no de la gracia que se busca en el artificio de las palabras, sino de la que nace de lo íntimo de la expresión y estriba en un modo peculiar de ver y sentir ante las cosas.

Tal vez sea la hipérbole la figura que más juega en tus labios. Es lógico y natural que así sea. ¿Acaso esta tierra de María Santísima no es una hipérbole de Dios? ¿No son hiperbólicos, por diminutos, los lindos pies de las sevillanas? ¿No son sus ojos una hipérbole de la luz? Nuestros claveles, coronas de las azoteas, ¿no son hiperbólicos también? ¿Se vieron de su pompa y fragancia en parte alguna? El mismo sol, cuando llega el mes de agosto, ¿no exagera un poquito? Pues en una tierra en que

hasta el sol es exagerado, ¿qué mucho que la hipérbole se enseñoree de la expresión? Así hay quien diga, por ejemplo, al encontrarse con una mujer de largas pestañas: *En las pestañas de esa mujé se pué tendé ropa*.

Y con la hipérbole comparte el imperio de la palabra la comparación, fruto sazonado del ingenio andaluz. El andaluz si no compara no habla. Y cuando su imaginación no le da con presteza la comparación que él desea, apela á una de las miles ya consagradas por el uso: *Más largo que un día sin pan, más feo que una noche e truenos, más soso que una mata de habas*, etc., etc. Pero generalmente suele dársela, certera y oportuna. Nosotros conocemos á una dama que, al mirar á una señorita de pocas carnes y muchísimos trapos encima, exclamó: *¡Ay, qué niña! ¡parese un dedo malo!*

Lo máspreciado, sin embargo, de la gracia hablada no reside ni en la comparación, ni en la hipérbole, ni en ninguna otra determinada forma, sino en esa condición característica del andaluz, que le lleva instintivamente, sin pensar en ello, por impulso natural de su espíritu, á poner sal y fuerza pintoresca en todo lo que habla. Gracia es ésta que no se estima nunca por quien la dice, como tal; que no pretende

ni busca para sí aplauso alguno; que tiene la frescura de lo espontáneo; que nace porque sí, aun en las situaciones más graves y serias. Gracia es ésta, de la que puede daros una idea el cuentecillo tan vulgar y repetido de aquel gitano á quien llevaban á la horca montado en un burro, y el cual, viendo que hostigaban al pollino para que anduviera más aprisa, se volvió al muchacho que lo hostigaba y le dijo así como quien á la vez reprende y suplica: *¡Niño, no le hurgues mucho, que no vamos á ninguna boa!*

Si no existiera esta gracia tan ingenua y poco presuntuosa, no sería tan antipático y desagradable como es el tipo del gracioso de profesión que todos padecemos.

Otra manera de la gracia sevillana, muy simpática, porque revela un gran patriotismo, está en la jactancia un poco pueril con que creen los hijos de esta tierra que han nacido en la mejor del mundo. Tienen razón para creerlo, claro es; pero no es nuestro propósito demostraroslo ahora, sino sólo hablaros de esto que pudiéramos llamar graciosa arrogancia andaluza. Escuchad este caso, que cuando no os hiciese gracia alguna, lo habréis de perdonar y aun ha de halagaros, porque va en loor de muy altas glorias sevillanas.

La escena es en Madrid. Un sevillano, residente en la corte, recibe en la estación del Mediodía á un su amigo que viene de otras tierras y que no siente—¡infeliz!—gran admiración por Sevilla ni por Andalucía, cosa que sabe á ciencia cierta el sevillano. Nuestro hombre, á quien llamaremos el forastero, entumecido de la forzosa quietud del largo viaje, tiene ganas de andar y le propone al sevillano entrar en los Madriles, que él desconoce, dando un buen paseo. El sevillano acepta gustoso y echan á andar.

Apenas salen de la estación, enfilan el paseo del Prado, y nuestro paisano, iluminado por repentina idea, dícele á su amigo:

— Ya que trae usted deseo de sacudí er cuerpo y estirá las piernas, desde aquí to seguío vamos á yegá hasta la Casteyana.

— Andando — contesta el forastero.

A los pocos pasos, uno y otro se paran á mirar una estatua, igual á la que hay en Sevilla delante de nuestro Museo de Pinturas. Y el sevillano exclama:

— Este es Muriyo. ¡Muriyo! ¡Nadie! ¡No sabía pintá! Sólo que tenía muy buenas relaciones, y rifaba los cuadros y le compraban las papeletas por influencias. — Y en seguida añade como quien le pone un defecto al gran pintor: — ¡De Seviya!

Siguen adelante, y á los diez pasos más dan con otra estatua. El sevillano detiene al forastero y le dice:

— ¡Velázquez! ¡Er pobre Velázquez! Cuando se murió corgó en una arcayata la paleta con que pintaba, y no ha nasío toavía ningún aficionao que la descuergue. ¡De Seviya!

Sonríe el forastero, que se da cuenta de la situación y principia á sentirse molesto por el tema, continúan su camino, y al pasar por la fuente de la Cibeles, le pregunta al sevillano con sorna:

— ¿De Sevilla también, amigo?

— ¡De Seviya! — contesta el hombre con admirable aplomo. — ¿No está usted viendo que es una mujé guapa?

Enzarzados en una discusión sobre Sevilla, llegan al edificio de la Biblioteca y Museos nacionales.

— Fijese usted — le dice el sevillano á su amigo, — ffjese usted en esos dos hombres de piedra que están sentaos en la primera mesetiyá de la escalera.

— ¿Don Diego Tenorio y el Comendador? — interroga el forastero amoscado.

— También esos dos son de Seviya; pero no son esos. Pican un poquito más arto. El uno es Arfonsito X — er Sabio le desían por ponerlo

en ridículo, — *hijo adortivo* de Seviya; y el otro... el otro no es más que San Isidoro, ¿sabe usted? ¡De Seviya! Y además arsobispo, por si se le ofrese á usted alguna cosa.

Ante la impertinente jactancia del sevillano, salta el forastero:

— Pero, oiga usted, ¿estamos en Madrid ó en Sevilla?

— Estamos en España — contesta el otro; — pero donde suena España, suena Seviya. ¡Que no se le orvíe á usted ese encargo! ¡Seviya! ¡Ya lo está usted viendo por las estatuas! ¡Seviya! ¡La capitar de Andalusía! Porque sigue usted andando to seguío, y se da usted de cara con Cristóbar Colón, que si no es por la provinsia de Huerva se quea en seco; y luego con Castelá, que era de Cádiz, y después con er Gran Capitán, que era de Córdoba.

— Bien, bien — replica el forastero, deseando echar por otro camino, — eso es porque he llegado por la estación del Mediodía. Si entro por la del Norte...

— Si entra usted por la der Norte — interrumpe el andaluz con viveza — á los sinco minutos de paseo yega usted ar Parque del Oeste, y ayí está en marmo don Federico Rubio, que era der Puerto, y en marmo también, y jurándole á don Pedro Velarde que no

va á dejá un fransés vivo, don Luis Daóiz:
¡de Seviya!

El forastero no quiere oirlo más y pretextando ya un poco de cansancio se despide del de Sevilla y toma un coche. Por su desgracia, el cochero es de Sevilla también.

Hemos dicho, Sevilla, que tienes gracia y tienes poesía, y que por ellas eres singular en el mundo.

¡Poesía! ¡Don de esencia divina, aliento de Dios, flor de luz sembrada por Él donde quiera para hacer á los hombres dichosos! El poeta la recoge en sus rimas, el pintor en sus cuadros, el músico en sus notas aladas, el artista, en fin, en su obra, si ésta ha de ser bella. Todos también la vemos lucir y la sentimos palpitar en el silencio de los campos tranquilos, en el rugir de los mares, infinitos como su Creador, en la immaculada blancura de las cumbres gigantes, en la reveladora solemnidad de los crepúsculos, en las estrellas de la noche callada... Y el rocío en las flores al amanecer, y el temblar de los nidos en las ramas, y el brotar del agua en la roca, y el dormirse plácidamente en los lagos, y el secretar del aire en los bosques y en las enramadas, también son poesía... Poesía son y todos sabemos comprenderla. Pero

hay otra poesía, no menos bella por más escondida y oculta, flor también delicada y preciosa, que no nace en el mar ni en la tierra, sino en los corazones, y que entre lágrimas ó entre risas irá siempre donde los hombres vayan. Flor impalpable de aroma sutil, que brota al calor de los eternos besos de las madres, mitad oración, mitad caricia, que abre sus hojas al aire de los suspiros ruborosos de las muchachas, y que regamos todos con nuestro sudor ó con nuestra sangre.

Subid á un palacio, y allí la encontraréis en los sueños locos de una princesa; bajad á la sala de un hospital, y la hallaréis en la desesperanza del que muere, y en el anhelo del que espera vivir, y en la mentida alegría de quien se ve forzado á fingirla ante un pedazo de su alma; asomaos á esa calle desierta, y la veréis en los labios y en los ojos de dos enamorados; corred á una cárcel oscura, y la sentiréis en las canciones de los presos, hondos alaridos de pena ó gritos alegres, esperanza de pronta libertad; id al campo en la primavera, y ella saltará en el canto ingenuo de un zagalillo; id en el ardiente verano, y sorprendedla en la mozuela que arrima un cántaro lleno de agua á los labios de un segador, que de sed se abrasa; contempladla en los ros-

tros de los pescadores, que al amparo de sus velas se van mar adentro, llevando siempre sobre sí la tremenda amenaza de lo desconocido; y en la novia llorosa y trémula que despidе al novio que á la guerra se va; y en la otra que enloquece de júbilo y aletea como una paloma porque su novio de la guerra vuelve; y percibidla, en fin, y miradla por vuestros propios ojos, por encontrarla aún más allá de la muerte misma, en las desgarradoras inscripciones de los sepulcros pobres. ¡Poesía del corazón! ¡Vives en la risa y en el dolor, tienes luz del día y sombras de la noche, y eres, para quien sabe hallarte, fresca brisa que orea la frente y beso de amor y de consuelo!

Pues bien: de esta poesía del corazón, de esta impalpable flor de sutil aroma, hay en Sevilla, tierra de sentimiento, una perenne primavera; como la hay asimismo de aquella otra poesía menos oculta de las bellezas naturales. Y de la una y de la otra, exaltadas por la fuerza sentimental y soñadora de este pueblo, de esta raza andaluza, brotan espontánea y graciosamente los divinos cantares, ridículos y bárbaros á veces, casi siempre bellos y pulidos, y siempre llenos de expresión y de alma.

Quiere este pueblo dormir á un niño en la cuna, y canta:

Á dormir va la rosa
de los rosales;
á dormir va mi niño
porque ya es tarde.

Quiere celebrar la hermosura y pureza de una mujer, y dice:

Tan sólo en el mundo hay una
con quien poder compararte,
y la encontré, por fortuna,
pintada en un estandarte.

Quiere descubrir la honda firmeza de un amor que parece secreto, y exclama:

Dises que no la quieres
ni vas á verla;
pero la vereíta
no cría yerba.

Quiere llorar la temprana muerte de una linda mocita, y tiene para ella este lamento:

¡Presiosa claveyinita
yevada ar pie de la sierra!
¡Qué lástima de carita
que se la coma la tierra!

Quiere ser más delicado y profundo poeta que todos los poetas juntos, y llora de este modo la muerte dolorosa de la tierna clavellinita:

Se murió, y mi pañuelo
se lo puse por la cara,
por que no tocara tierra
boquita que yo besaba.

Y esta poesía, que en las coplas tiene su más concreta y pura expresión, pasa en Sevilla por entre nosotros rozándonos con sus alas invisibles en todo lugar y á toda hora. Cuando sintáis un estremecimiento de vuestro ser, inefable y recóndito, buscadla en derredor, que cerca de vosotros va la poesía, ya en los pliegues airosos de la falda de una muchacha, cuyo rostro ríe, cuya frente sueña, ya en dos miradas cuyos ojos no veis, pero que en un punto del espacio chocaron, ya en el andar torpe y silencioso de una viejecita.

¡Una viejecita! No hemos de fatigaros con innumerables ejemplos de esta íntima poesía de que os hablamos; pero escuchad uno de entre mil, ya que acude oportunamente á nuestra memoria. Fué años atrás, y en una solitaria calle. Salió á nuestro paso una viejecita menudilla, morena, limpia. En la mano, tostada y seca, llevaba cogido por el largo tallo un clavel fragante y pomposo, como destello y símbolo de juventud en aquella humana ruina. Nos lo quiso vender, le preguntamos qué valía, y al conocer el precio torcimos el gesto burlo-

namente. La viejecita, entonces, sin voz apenas, mirándonos á los ojos con los suyos abri-llantados en aquel instante, nos dijo invocando de esta manera nuestra caridad:

— Lo vendo pa comé.

¡Lo vendía para comer! ¿No es verdad, poetas, que hay en esta sencilla escena un cantar muy bello? ¿No es verdad que en la salida de la arrugada viejecita de su casa, en la mano el clavel fragante, hay un ingenuo y delicado poema? ¿No es verdad que en la historia de la viejecita y del clavel hay una linda historia? Evocad su hogar, pobre y mísero: la maceta en que el clavel ha de criarse es allí la esperanza de oro. ¡Oh! ¡si el hielo lo quema ó si el sol lo abrasa! ¡Cuánto cuidado y atención tuvo que consagrarle la viejecita, y con qué afán lo vió crecer y abrirse en el tallo á la luz, y con qué temblor en las manos lo cortó al fin un día y salió á la calle á venderlo para comer!... Si aquella viejecita de negros ojos nos hubiera hecho la pregunta que le hizo á Bécquer la mujer de los ojos azules, le habríamos contestado lo mismo: «Poesía eres tú.»

Los aficionados á los epílogos en las historias sepan que aquel clavel fragante y pomposo fué á morir en las negras trenzas de una preciosa sevillana.

Porque tienes estos tesoros de la poesía y de la gracia, Sevilla, eres melancólica y sentimental y eres alegre. Cultívalos, recreáte en ellos, no los pierdas nunca, que ellos son tu esencia, tu vida y tu alma, y ellos te dan tu corona de reina en el mundo.

No se debe caminar en la vida sin una esperanza, sin una fe, sin un ideal. Eres elegida de Dios y hacia Dios debes ir; pero los pueblos que van hacia Dios no son los que se duermen rezando, sino los que trabajando rezan. ¡Adelante, Sevilla! Bella eres, pero puedes y debes serlo más; eres rica y grande también, pero también puedes y debes ser más grande y más rica. Mírate al espejo de lo que fuiste, como mujer hermosa que no se cansa nunca de mirarse, y enamorada de ti misma, trabaja por realzar tu hermosura con nuevos encantos é incentivos. Estimulada por tu gloriosa tradición, camina hacia adelante.

Trabaja, Sevilla, trabaja y muestra al mundo todo lo que eres; realiza el ideal de cultura y bienestar de los pueblos modernos, sin dejar por eso de ser muy sevillana; antes al contrario, afianzando en cada paso que des y en cada muro que levantes tu fuerte y avasalladora originalidad.

Tu espíritu es grande, tu corazón entero y

sano, tu aliento poderoso: saben tus hombres como ningunos de la tierra alegrar su trabajo; porque trabajan cantando y riendo, con gracioso desenfado y donaire, sin jactancia, sin malhumor; no como quien recibe en el trabajo un castigo del cielo, sino como quien naturalmente cumple su objeto en la vida. Teniendo tanto, Sevilla, ¿qué más quieres? Nadie como tú para dominar y vencer.

Pon en ejercicio la fuerza interna que te anima, fuerza de alegría y de salud, y desmiente la torpe leyenda que infama tu nombre, pintándote como un pueblo de borrachos y de holgazanes; y al igual que tu río, que puede ser tu mejor espejo; al igual que tu río ensanchando su cauce y dilatando sus orillas, á la vez que copia en sus aguas más cielo trae hacia ti la fecunda actividad del progreso humano, ensancha tu horizonte material é ideal, segura de que al ensancharlo, como el río sus márgenes, verás también más cielo y más luz.

Sólo una observación vulgar y ligera, fiada no más en apariencias harto engañosas, ha podido considerarte como un pueblo indolente y vicioso. Ahoguemos entre todos esa bochornosa leyenda, trabajando como trabajamos y cada día con mayor ahinco. Y procuremos remediar también, estudiándolos serenamente,

los males y tristezas ciertos, por desdicha, que han dado lugar á que se hable y se escriba de lo que se llama la Andalucía trágica; la Andalucía miserable y enferma; la Andalucía de los campos dormidos é infecundos; la Andalucía de los labriegos hambrientos y menesterosos; esa Andalucía que ya quieren algunos llevar al arte, y que primero que al arte vaya, como el arte puede consagrarla como una dolorosa realidad, debemos poner todo nuestro amor y todo nuestro esfuerzo en que desaparezca.

Estas son, Sevilla, nuestras últimas palabras en esta fiesta de Patria, de Fe y de Amor. Acógelas, no por lo que valen, sino por el cariño con que se te han dicho. No sea sólo la calumnia de lo que siempre quede algo: quede también de aquello que se dice latiendo en el corazón la verdad.

Y á nosotros, tus humildes hijos, tus rendidos cantores, que vivimos lejos de ti, pero que por ti y para ti trabajamos, déjanos que todos los años, después que en el almendro asome la primera flor y antes que vuelva á cruzar tu cielo la primer golondrina, vengamos á ti, cada vez más enamorados de tu hermosura y más ilusionados con tu grandeza. Déjanos recorrer ansiosamente tu recinto querido, y déjanos por gracia que en huertos y jardines, patios y co-

rrales, rincones y azoteas, cojamos cuantas flores hallemos al paso y necesiten nuestra ambición y nuestro amor, para ir á echarlas todas como ofrenda á ti, allí donde tienes tu máspreciado símbolo: al pie de la torre á un tiempo cristiana y mora; de la torre que coronamos con la fe; de la torre de encajes de piedra, prodigio del arte; de la torre que te vigila y guarda; de la torre que como á una mujer se recuerda y evoca; de la torre gallarda y gentil; de la torre firme y apuesta y airosa y alegre y señorial y majestuosa y soberana; de la torre sueño del sol, recreo de la luna, amor de las palomas, veneración de todos; de la torre única: ¡la GIRALDA!

Madrid, marzo, 1910.